

brusquedad su caballo frente a ellos y les dirigió una mirada indescriptible mientras el corcel relinchaba y jadeaba de cansancio.

-¡Cuéntanos mentiras, Ruperto! a ver si te las creemos - le dijo Dionisio - mientras los demás reían y se estremecían de gusto, disfrutando de antemano de las fantásticas historias que Ruperto les inventaba.

-Hoy no puedo contarles nada, qué no ven que vengo reventando mi caballo, otro día les cuento historias, ahora voy a recoger mi ganado, mis vacas y puercos, los tengo que subir al cerro para que no se ahoguen.

-¿Cómo que para que no se ahoguen? ¿Qué sucede? -Preguntó Nabor. -Nada más que se acaba de reventar la presa, se rompieron los muros de contención y ya pronto llegará la creciente, les aconsejo que recojan a sus familias, sus pertenencias y su ganado, y hagan lo mismo que yo, llévenselos al cerro más cercano; allá en la presa las cosas andan difíciles para los ingenieros que habían venido a revisar unas fallas, andan subidos arriba de los bordos, unos fueron a avisar a la capital y a pedir ayuda, "ahí" nos vemos, tengo prisa.

Ruperto volvió a galopar velozmente, clavó sus espuelas plateadas en el vientre del caballo y lo golpeó con el fuste; los campesinos lo vieron alejarse y

enloquecidos corrieron a su vez a sus casas, llamaron a gritos a sus mujeres e hijos, engancharon con premura los caballos a las carretas, las campesinas gritaban histéricas llamando a sus hijos. La noche era negra y oscura. Todo aquel pueblo, momentos antes tranquilo y apacible, se había convertido de pronto en un manicomio: los hijos mayores corrían de un lado a otro juntando pertenencias, los campesinos movían con presteza las carretas; los caballos, uncidos a ellas, relinchaban nerviosamente; el ganado desesperado quería saltar los corrales; todos, casi al unísono, emprendieron una loca y desordenada carrera rumbo a los cerros: crujían las ruedas de las carretas como si fueran a salir disparadas por el aire; cerdos y gallinas eran pisoteados por las vacas en su desenfrenada huida; todos gritaban y corrían desesperadamente. Aquello parecía el juicio final.

Finalmente llegaron a la orilla de un cerro, quedaron en el camino gallinas y cerdos pisoteados y descuartizados. Hombres y mujeres hicieron varios viajes hacia arriba del cerro para subir hijos, animales y pertenencias; los perros ladraban, y los niños, encuerados y descalzos, chillaban de hambre y frío. Todos estaban asustados. Los hombres vigilaban, esperando escuchar en cualquier momento el estruendo del agua desbordada de la presa. Las mujeres velaban el sueño de sus hijos y hacían inventario para ver si no les faltaba algún muchacho.

-¡Qué noche tan terrible hemos pasado! -dijo Nabor cuando ya amanecía. -No se la deseo ni al peor de mis enemigos, pero a pesar de todo lo malo, acá arriba estamos seguros y a salvo con nuestras familias. -Estaban en esas reflexiones cuando, a lo lejos, una de las campesinas soltó un grito espeluznante -¿Dónde están María y Luisa? -Eran las muchachas que la tarde anterior paseaban en el kiosco de la plaza, mientras sus padres las vigilaban. Habían huido con sus novios durante la confusión provocada por el éxodo precipitado; algunos meses después tendrían noticias de ellas.

Don Remigio, quien estaba sentado sobre una piedra, muy acongojado y pensativo, levantó la cabeza y dijo -oigan, y a propósito de gentes perdidas, ¿alguien ha visto a Ruperto? -Dionisio contestó. -El venía delante de nosotros, debe estar en el otro cerro, a lo mejor también allá están las muchachas.

Todos habían pasado aquella terrible noche en completa vigilia, platicando sobre lo que harían para recuperarse de las pérdidas causadas por la inundación, escribirían al gobernador para que los ayudara - a lo mejor - dijo Elías - puede que hasta nos manden comida, latas, ropa y cobijas del otro lado.

Al día siguiente los campesinos decidieron bajar del cerro para buscar a las muchachas y para averiguar si ya había pasado el peligro; bajaron

cuidadosamente, unos a pie y otros a caballo, iban con el temor de encontrarse la creciente, no sabían hasta dónde podía haber llegado la inundación. Poco a poco fueron acercándose al pueblo, viendo, con asombro, que aquello estaba más seco que un desierto en pleno medio día; voltearon a verse unos a otros al mismo tiempo, con los ojos llenos de sorpresa, coraje y vergüenza, mientras Don Pedro, con un irónico tono de autoburla les decía: -¡Qué bola de guajolotones somos! ¡Ora sí que nos carneó el Ruperto!

Entre tanto, afuera de la cantina del pueblo, estaba "apersogado" el caballo del día anterior, y adentro, sentados alrededor de una mesa, bebían sendas cervezas, despreocupadamente: Ruperto, el mulato y Juanchito, mientras escuchaban y cantaban al unísono, la canción que en ese momento tocaba la radiola: "Negra, negra consentida, negra de mi vida, quién te quiere a ti..."

## El Extraño

Una tarde más, como cualquiera de cualquier día. Nadie esperaba que algo pasara. Hacía muchos años que no pasaba nada que intranquilizara la vida de alguno de los habitantes de aquel pueblo; el último acontecimiento más o menos notable que se recordaba, era la muerte del hombre de Julia, pero de ese hecho hacía ya muchos años.

Era un pueblo común, como cualquier otro pueblo común, con gente también común, como la mayoría de la gente de muchos pueblos, qué más da, lo que sucede aquí, sucede allá y puede suceder en cualquier parte, a cualquier persona. Toda la gente del pueblo vivía, disfrutaba y comentaba las cosas cotidianas. Como todos los días, se escuchó el silbido del tren; los niños corrieron, como siempre, para decirles adiós al maquinista y a los pasajeros.

El tren paró en la estación solitaria, que se encontraba ubicada a cierta distancia del pueblo. Después del desahogo de vapores de la locomotora, bajó, sin equipaje, un solo pasajero; el tren se alejó silbando y el hombre quedó allí, en el andén, contemplando el rítmico movimiento de los carros que se alejaban por la vía, y lo siguió hasta que sólo fue un punto lejano. Luego caminó con desgano hacia una pequeña banca, se sentó en ella y allí pasó la noche. A

la mañana siguiente, emprendió camino al pueblo, por el que deambuló varias horas sin rumbo fijo; todo el que lo veía preguntaba si alguien conocía al hombre solitario, pero nadie recordaba haberlo visto alguna vez.

En el ocaso de ese mismo día, el hombre se detuvo en la puerta de la casa de Julia, estuvo allí largo tiempo, parado, sin tocar, simplemente viendo todo y a todos los que pasaban por el lugar; en su mirada tenía una expresión de ausencia.

Anochece cuando llegaron a la casa los dos hijos varones de Julia, se sorprendieron al encontrar desmayado al extraño junto a la puerta; lo introdujeron en su casa, no era cosa de dejarlo allí tirado como un perro, lo recostaron en una cama y trataron de reanimarlo con alcohol.

En el momento en que el extraño entró en la casa, Julia se encontraba ocupada en el cuarto de costura, sintió muy en el fondo de su ser una confusa sensación conocida y lejana; se levantó muy inquieta y caminó hacia la habitación donde estaban sus hijos con el desconocido, quien ya sobrepuesto, bebía unos sorbos de leche con miel que le daba Efraín, el hijo menor de Julia.

Julia y el extraño encontraron sus miradas. Ella empezó a sudar; un sudor frío, helado, que la hizo

temblar y le erizó la piel para el resto de su vida. El hombre cerró los ojos y los recuerdos de Julia se trasladaron veinte años atrás.

Ella había llegado al pueblo aquél con su hija Belén aún muy pequeña; llegaba casi huyendo de su ciudad natal, no era para menos, había estado un tiempo en el hospital curándose de las múltiples heridas de puñal que le propinara su primer marido, un ebrio, marihuano, irresponsable y violento, que la había hecho sufrir mucho durante su matrimonio. Al salir Julia del hospital, con su pequeña hija en brazos subió a un tren, se fue sin rumbo; cuando pasaba por aquel pueblo decidió quedarse al ver a la chiquillería diciéndole adiós, antes de llegar a la estación. Era una mujer de buena apariencia, muy alta, de ojos pequeños y sonrisa fácil; tenía una simpatía natural que le abrió las puertas para conseguir trabajo de ayuda de casa, con una familia de buena posición económica. En muy poco tiempo Julia se ganó el aprecio no sólo de aquella familia con quien trabajaba, sino de toda la gente del pueblo.

Cuando Belén tenía seis años, llegó al pueblo un hombre llamado Vicente, era pescador de algodón y consiguió trabajo con la misma familia donde trabajaba Julia.

Vicente era un hombre bastante alto, con ojos grandes, negros y brillantes, sus pestañas eran muy

largas; puede decirse que el hombre tenía buen tipo. Su piel era oscura y brillaba como charol en los días soleados y calurosos del verano. "Nada feo... nada feo es el Chente" - decía Julia - "a pesar de ser tan prieto el condenado".

¿Cómo me casé con Chente?... si casi nunca me habló... creo que nos entendimos a puras miradas; era tan mustio, tan serrote, tan calladote; durante el tiempo que vivimos juntos apenas me dirigía la palabra... sólo para lo más indispensable: "Sírname, Doña Julia, tengo hambre". "Acuéstese, Doña Julia, tengo ganas". Y para colmo me hablaba de usted, el arrastrado.

Al poco tiempo nació mi hijo Chentito, luego me embaracé por segunda vez, pero para entonces Chente ya no me hablaba, y no le dije nada, no le dije que nos nacería otro hijo, ni caso tenía, ya ni nos dirigíamos la palabra, había entre nosotros como una especie de pacto de silencio. La niña y el niño nos veían ir y venir por la casa, silenciosos, silenciosos, arrastrando más que los pies la vida misma; sus ojitos estaban llenos de incertidumbre y sus boquitas tenían siempre un rictus de llanto que no se atrevía a brotar.

Nunca supe la razón de aquel silencio de Vicente, él no volvió a emitir ningún sonido, ni siquiera le importó que yo tomara clases con la maestra de la escuela; no me hablaba, ni para bien, ni para mal. Muchas veces pensé que si Chente no

hablaba era porque no quería, o quizá porque le daba lo mismo hablar o no hablar, o le daba flojera... también llegué a pensar que se le había oxidado la voz de tanto no usarla.

Un buen día Chente desapareció, sencillamente se fue del pueblo. Todos pensamos que quizá se había ido de bracero a los Estados Unidos. Alguien dijo que habían encontrado a un hombre ahogado en el Río Bravo, lo había arrastrado la corriente al intentar cruzarlo, eran las señas de Chente, claritas todas sus señas, y lo dimos por muerto, hasta le mandamos decir sus misas de difunto.

¡Veinte años, Chente! ¡Han pasado veinte años! Nació Efraín, y no lo supiste. Tus hijos y Belén crecieron sin ti, ni falta les hiciste. ¿Qué vienes a hacer ahora? Te hubieras quedado muerto. Yo sé que estás allí... igual de prieto, mustio, serrote y callado, ya te reconozco... estás escondido detrás de esa barba de viejo, detrás de esas arrugas, detrás de esas canas de viejo... eres tú... reconozco tu olor, es inconfundible, desde mi cuarto de costura lo percibí... hueles a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor... ese olor que desprendes me asfixia. ¡Vete de mí!...

Pasaron muchos años para borrar tu aroma de mi casa y de mi mente, no quiero que ocupes nuevamente mis recuerdos, ni que llenes con tu aroma mi vida. Ya son muchos años de ausencia y olvido...

aquí ya nadie te conoce, ni tus hijos... A Efraín le puse el nombre de mi padre porque nunca me dijiste cómo se llamaba el tuyo... a lo mejor ni padre tuviste... yo creo que tú eres hijo del aire, porque siempre fuiste un aroma que el viento lleva y trae.

No quiero que tus hijos te conozcan, ¿para qué? Tú llegas y te vas como el viento, y sólo dejas tu olor ocupando los sentidos... Tengo dos nietos, ¿Sabes?... son hijos de Belén... pero a ti qué te importa, ni siquiera son nada tuyos... ¿A qué viniste, Vicente? ¿A qué regresaste? Te hubieras quedado muerto... desde que te fuiste ibas muerto... desde que llegaste aquí la primera vez ya venías muerto... nunca supimos cuál era tu origen, ni si tenías o no familia... con eso de que casi no hablabas, cuando dejaste de hablar pues ya ni para qué preguntarte nada... eres y fuiste siempre una sombra en esta casa... eras como un zopilote negro como tu piel curtida por el sol... nunca supe si tenías veinte o cien años... Lo único bueno que me dejaste son ese par de hijos altos, morenos y bellos como tú... pero que no huelen a ti... para mi suerte.

Julia volvió a la realidad, haciendo a un lado sus recuerdos, porque el hombre abrió de pronto los ojos; sus miradas volvieron a encontrarse y un viento cargado de un olor penetrante salió del cuerpo del hombre. El cerró sus ojos nuevamente. Julia supo que había muerto porque todo su cuerpo, la habitación y la

casa, se llenaron de aquel profundo olor a hierba de monte, a macho en celo, a sol, arena y sudor.

Al transcurrir el tiempo, la gente del pueblo siguió percibiendo aquel olor fuerte y profundo, cada vez que pasaba por la casa de Julia, y ella, ya no pudo sacarlo jamás de su mente y de su cuerpo; aquel olor le erizó la piel y la hizo sudar frío y temblar, hasta el último día de su vida.

## El viaje

Se encontró de pronto con un boleto estampado en su cuerpo, en todo su cuerpo, lo había invadido todo. Tenía que viajar forzosamente, no regresaría jamás...

-¿Es muy grave doctor? -Fue lo único que preguntó después de ver la expresión preocupada del galeno. -¡Cáncer! -Contestó el médico, con un tono de voz que quiso parecer frío e indiferente. Nada dijo, sólo apretó fuerte las mandíbulas, como queriendo soldar una con la otra para impedir el grito de angustia y desesperación que le salía de muy adentro, pero que contuvo, porque los hombres deben ser hombres hasta la muerte.

-¿Desde qué edad empezó a fumar? - Preguntó el especialista.

-A los doce... años... doctor... a los doce...

Fue a verla. Estaba ahí. Joven, llena de vida. Envidió su alegría y su vitalidad que irradiaba por todos los poros. La besó... con coraje. La besó por última vez porque quería despedirse... ya, no deseaba prolongar su agonía... debía empezar a renunciar a todo lo que lo ataba a la vida, tenía que arrancarse los sentimientos... Había que meter las garras en el corazón y sacar hasta la última raíz... El dolor era fuerte, espeso, agrio... feroz.